

24595

**ORIENTACION DE LOS  
ESTUDIOS ECONOMICOS**

24595

ELEODORO LOBOS

# ORIENTACIÓN DE LOS ESTUDIOS ECONÓMICOS

DISCURSOS PRONUNCIADOS DURANTE SU DECANATO  
DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

1918 - 1921

C  
Censo BIENES del ESTADO 1965

Inventario N°.....



BIBLIOTECA

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS BIBLIOTECA
Clasificación: .....
.....
.....
Estanto: .....
FICHA N.° .....

**DONACIÓN SUAREZ**

CENTRO ESTUDIANTES DE CIENCIAS ECONÓMICAS  
BUENOS AIRES  
MCMXXII

Buenos Aires, Octubre de 1922.

FUERA lamentable mantener dispersos por más tiempo, en forma que resultan difícilmente accesibles, los discursos pronunciados por el ex decano de la Facultad de Ciencias Económicas, doctor Eleodoro Lobos.

Fruto del saber de un hombre de larga experiencia en la vida económica y de clara comprensión de sus problemas, las ideas contenidas en tales discursos marcan la orientación más fecunda que pudiera darse a nuestra Facultad.

Si ésta ha de responder a las necesidades de nuestra organización económica — y substraerse a la rutina del *universitarismo criollo* — auscultará continua y afanosamente la realidad para estudiar lo que ella nos presenta. Y esta orientación positiva de los estudios económicos, implica, desde luego, la modificación de los métodos docentes; la substitución del tradicional verbalismo y la generalización dogmática, en nuestras cátedras, por la intensa labor de investigación en los seminarios.

Así contemplaba el doctor Lobos el contenido de la reforma universitaria en la Facultad de Ciencias Econó-

*micas. Las modificaciones estatutorias que trajera — sostenía — más que un fin en sí mismas, son el medio adecuado para alcanzar aquel objeto. De este modo, nuestro ex-decano entraba de lleno en la moderna corriente que sólo espera de la experiencia científica el progreso de las disciplinas que estudian el mundo concreto, entre ellas la Economía.*

*No es únicamente el rico contenido de los discursos lo que ha determinado al Centro de Estudiantes a reunirlos en este folleto, en el primer aniversario de la terminación del mandato del autor. Por sobre esta razón domina un motivo sentimental: la viva simpatía que el decano, afable y de estimuladores consejos, supiera despertar en los estudiantes.*

*Espera, pues, el Centro, que las páginas de este folleto sean leídas con interés, y meditadas sus ideas por profesores y alumnos. Que de tiempo en tiempo el letargo del ambiente necesita ser removido por algún fermento ideológico...*

CENTRO ESTUDIANTES DE CIENCIAS  
ECONÓMICAS

## AL HACERSE CARGO DEL DECANATO DE LA FACULTAD

**R**ECONSTITUÍDO el gobierno de la Facultad, es urgente volver al trabajo, y oportuno reanimar los ideales, el plan, el personal y el material con que continuamos la marcha.

No admiten rectificación los primeros; el fenómeno económico y los nuevos métodos de estudio y de investigación científica y práctica han de influir constantemente sobre el segundo, y el medio social y los recursos financieros decidirán de los últimos.

La fundación de este instituto resolvió con acierto una necesidad impuesta por el progreso universitario, por los intereses positivos y por los ideales de la Nación. Era indispensable abrir una época definida y fecunda de transición o de conciliación de las ciencias puras y de las ciencias de aplicación, en que prevalecieran las segundas, de humanistas y de realistas, en que el homenaje respetuoso a las disciplinas clásicas que influyeron en la mentalidad colonial y dieron su concurso a las generaciones de la revolución y de la organización política, debían comprobar su ineficacia por falta de educación inductiva y técnica para armar a las nuevas generaciones en la lucha y en el triunfo de los intereses económicos.

La Universidad no podía sustraerse a la evolución

progresiva, y esta modesta Facultad así lo demuestra. Si se repara en que una transformación análoga sólo se ha realizado en forma franca en el último cuarto de siglo en pueblos más preparados que el nuestro, habría injusticia en imputar un grave retardo a nuestra vieja Universidad. Pertenecen a esta época las Facultades comerciales de carácter profesional y científico de los Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Italia, Suiza, y las de Francia iniciaron su reforma en las condiciones fundadas por Sallières en el Congreso de Enseñanza Superior que precedió al Proyecto de ley del ministro Leygues, de 1899, sobre el doctorado en ciencias económicas, y aun buscan su complementación en el ejemplo de las Universidades americanas, que en estos días estudia un sabio profesor de la Sorbona, M. Caullery, ofreciéndolas a su patria como el mejor programa de modernización inmediata de sus instituciones científicas, para abordar los problemas económicos que ha suscitado la guerra, y que es forzoso estudiar y resolver bajo los auspicios de la paz. Ya había dicho, mucho antes, León Say, desde la tribuna del Senado: "La Francia no está preparada para la lucha comercial con sus rivales, pero lo estará fácilmente el día que mejore su enseñanza comercial y técnica".

Estas instituciones, no sólo respondieron, pues, entre nosotros, a una aspiración de la cultura intelectual, sino también a una necesidad real de la vida económica, que reclama el estudio más activo y más intenso de los intereses de este orden, métodos más perfectos para asegurar su aprovechamiento y ciudadanos más preparados para trabajar, para luchar y para prevalecer en la producción y distribución de la riqueza nacional.

No fueron tampoco una improvisación, sin antecedentes ni arraigo en la vida argentina. Belgrano, hijo de comerciante, cuando se confiesa admirador de Quesnay y discípulo de Campomanes, el campeón del progreso económico de España, según Joaquín Costa, se muestra leal a estas

ideas en sus iniciativas como secretario del Consulado. La colonia acrecentaba sus riquezas merced a las franquicias comerciales. Pero este desarrollo espontáneo requería, para su mayor rendimiento y para evitar la explotación irracional, la acción inteligente y técnica. Era necesario, decía, el estudio de la tierra, de la fauna, de la flora, de las fuentes naturales de riqueza, para impedir su agotamiento.

Se impone particularmente a nuestra consideración la prédica de Belgrano al encarecer la importancia de los estudios económicos, que subraya con admirable previsión. Una de las causas a que atribuía la pobreza del labrador, era su espíritu de rutina, incapaz de pensar seriamente en lo que le convenía, ni hacer ensayos ni experiencias. Recomendaba la necesidad de estudiar a fondo todo lo que tiene relación con el cultivo de la tierra, para aumentar considerablemente las riquezas del suelo, y se lamentaba de que los buenos libros no se difundieran entre los agricultores, porque, «si la riqueza de todos los hombres, decía, tiene su origen en la de los hombres del campo, y si el aumento general de los bienes de la tierra hace a todos más ricos, es de interés del que quiere proporcionar la felicidad del país, que los misterios que lo facilitan se manifiesten a todas las gentes ocupadas en el cultivo de las tierras».

Le corresponde el honor de haber sido el primero entre nosotros que encomiara la importancia de los estudios comerciales y económicos, y esbozara el plan de estudios de una escuela de comercio. Entonces tenía esta prédica un sentimiento profundo. En la época, los verdaderos comerciantes eran los menos. No sólo se trataba de difundir las nuevas ideas liberales en punto a la industria y tráfico comercial, sino también persuadir al núcleo monopolista, que había prosperado al amparo de los privilegios, que su positivo interés consistía en abrir el puerto al comercio libre para cimentar la prosperidad colectiva estimulando el desarrollo de todas las fuentes de riqueza. Era necesario fijar con precisión el papel que correspondía a los comer-

cientes, que como intermediarios del productor y consumidor no debían crecer a expensas de ellos. «La ciencia del comercio no se reduce a comprar por diez y vender por veinte», dice Belgrano. Para formar esa clase de comerciantes propone una «Escuela titulada de comercio, donde los jóvenes vayan a instruirse en la aritmética, en el modo de llevar la cuenta y razón y tener los libros; en el cálculo y regla del cambio». Este grupo de materias, comprende lo que puede llamarse el ciclo matemático; en seguida, enuncia las correspondientes al ciclo jurídico: «las reglas de la navegación mercantil, los seguros, etc., el modo de establecer la correspondencia mercantil y mantenerla, las leyes y costumbres usadas entre negociantes, etc.» Por último señala las dos asignaturas esenciales del ciclo que podría llamarse económico; «los principios generales de la geografía y las producciones de que abundan o escasean los países». Los modernos orígenes de las Facultades de agronomía y de ciencias económicas se encuentran, pues, en los planes de estudio que se proyectara hace más de un siglo, y las precedentes observaciones del patricio sobre la enseñanza técnica, enemiga del verbalismo y de la rutina, no ceden en acierto y en sencillez a las que hoy mismo sirven Kahn y Klein para propagar los «Principles and methods in commercial education» en que se fundan los institutos universitarios americanos de estudios comerciales e industriales.

Pudieran la imaginación o el patriotismo exagerar la previsión de los fundadores de la nacionalidad, pero lo cierto es que sus ideales económicos se armonizan con los nuestros al través del tiempo cuando se busca el aprovechamiento de nuestras reservas naturales y de nuestra producción elaborada por los mejores métodos de explotación, ya sea que se funden en aquella técnica rudimentaria o en el concepto actual de la organización científica del trabajo. En ambos casos, y con más razón en nuestros tiempos, el mejor rendimiento de la actividad fisiológica y econó-

mica, por aquellos medios o por los que ponen al servicio de la industria y del comercio, el cooperativismo, los principios de Taylor o en el laboratorio de las universidades, se evita la dispersión del esfuerzo y de la riqueza y se obtiene la mayor eficiencia nacional.

El plan de estudios de esta Facultad quiso ser técnico, nacional y profesional, y como debía dominar en sus ciclos su carácter científico y práctico, se lo complementó acertadamente con el Seminario económico, con resultados que, si no son aún completos, no bastan para dudar de su eficacia. Suponía una atención constante sobre la situación económica de la Nación, la ciencia en activa relación con la experiencia, pasión por el trabajo y por la verdad, y como todo esto no se improvisa en tan breve tiempo, pienso que el perfeccionamiento de ese plan cuya fundación tanto honor cabe a mi antecesor el doctor Carlos Rodríguez Etchart, debe buscarse por su aplicación y su estudio con criterio práctico y progresivo.

Es mucho que todos coincidamos en el propósito común: hacer de esta Facultad el colaborador más constante y más sereno de la organización económica de la Nación. No es poco, que reconozcamos el retardo que sufre esta tarea fundamental. Lo demás vendrá necesariamente. Las intermitencias del esfuerzo han de servir, lo espero, para activarlo. Hace un siglo, en 1823, decía un mensaje del gobierno de esa época: «La economía política ha comenzado a enseñarse y sus luces difundidas procurarán a nuestra patria administradores inteligentes». Funciona esta Facultad desde 1914 en virtud de su ley del año anterior, sin otro antecedente orgánico que los institutos comerciales de 1876, 1890 y 1910, y si concordamos en la necesidad universitaria y económica a que responde, mucho habremos conseguido, repito, con poner fuera de cuestión su existencia y dedicarnos a justificarla, vigorizarla y arraigarla en la conciencia pública.

La reforma universitaria, si no se ha de limitar a re-

novar su gobierno, debe favorecerla. Asegura la enseñanza libre, y estimula de nuevo la colaboración del pensamiento argentino, del hombre de ciencia, en una obra que no admite postergación. Hay material adelantado. Basta recorrer nuestras aulas y seminarios y reparar en los problemas económicos del presente, para reconocerlo y confiar en el porvenir. El Estado llena su misión tutelar de estos intereses, persistiendo en ella. Lo demás incumbe a la sociedad, al país, a nuestros hombres de fortuna, a las corporaciones comerciales e industriales, a los hombres de trabajo, que deben ver en esta casa su propia casa, para ayudarla, para confiar en que se estudia intensa y serenamente sus intereses más positivos, la suerte y protección de sus ahorros, nuevas orientaciones para la educación de sus hijos, la reforma de la administración fiscal y la preparación del personal idóneo que reclama nuestro gobierno financiero y económico, los establecimientos bancarios, el comercio, la industria y los fines más prácticos y activos de la Nación.

La Facultad y la Escuela de Comercio anexa cuentan con 1.348 alumnos. Contribuye el Estado a los gastos anuales de la primera con 148.080 pesos y con 359.280 pesos a los de la segunda. Devuelve en el mismo año la primera 38.850 pesos, y 48.574 pesos la segunda. El presupuesto anual de esta Facultad es el más bajo de todas las Facultades, siendo su número de alumnos mayor que el de la de Letras e igual al de Agronomía y Veterinaria. Resulta así que el costo anual, por alumno, descontando los derechos de inscripción con que concurren al fondo universitario, es de 316 pesos en nuestra Facultad, de 567 en la de Letras, y de 1.202 en la de Agronomía y Veterinaria.

Podría no pedirse mucho más al presupuesto; pero sería justo esperarlos más amplios de los capitalistas, dentro o fuera del comercio o de la industria, como lo ofrecen en los países más cultos de América y Europa, hasta costear con su solo esfuerzo Facultades con iguales fines, des-

de que con su propia vigilancia y su nombre se invertiría aquí su generoso aporte en su beneficio y en el de la juventud, que compartirá mañana el gobierno de las instituciones financieras y económicas. No hay personal preparado, se dice, para realizar la reforma rentística del país, sea que se inicie por el impuesto al mayor valor de la tierra, o por un sistema general de impuesto a la renta. ¿Y cómo va a haber, si en la Nación y en las provincias se lo busca en todas partes menos en el núcleo selecto del aula universitaria? En la administración financiera, en la contabilidad fiscal, en el comercio de los cambios, en los Bancos, en las fábricas industriales, en las aduanas, en las oficinas de impuestos, en las empresas rurales, en los negocios de propaganda, en las combinaciones de competencia internacional, se repite que falta personal competente y es necesario buscarlo en el extranjero. ¿Y cómo no ha de suceder así, si no impedimos que nuestros alumnos dediquen a teorizaciones y discursos mayor tiempo del que deben aplicar a estudiar y practicar las nuevas formas de la contabilidad comercial e industrial, los idiomas extranjeros, la producción nacional, la legislación fiscal, todos y cada uno de los impuestos, los negocios comerciales e industriales y las formas variadas y múltiples que asumen hoy los fenómenos del crédito, los de empréstitos, del precio de los salarios, de la moneda, de los valores mobiliarios del intercambio internacional?

Hay asignaturas en los ciclos matemático, económico y técnico que o se enseñan bien o se compromete la existencia de la Facultad. Felizmente, no he oído a un solo profesor o estudiante que no piense lo mismo. Los diplomas de peritos mercantiles, contadores y con más razón los de doctores, no pueden ni deben expedirse sin una comprobación, no sólo en la preparación científica de los aspirantes, sino de los trabajos prácticos que se hayan realizado. He de anticipar, con este motivo, la impresión de que los alumnos de esta Facultad no ingresan, en general

con la suficiente preparación. He revisado, por ejemplo, los programas de enseñanza secundaria y superior de contabilidad, y, observando sus resultados, no es fácil reconocer que esa materia se estudia teórica y prácticamente, con la detención que requieren las necesidades administrativas, comerciales, industriales y rurales de nuestro país. No dominándose los idiomas extranjeros, por lo menos la contabilidad de países que nos sirven de modelo, no puede conocerse lo suficiente. Entiendo, por otra parte, que los progresos de esa materia, no sólo imponen diferencias que explican la distinta naturaleza de las operaciones en la economía financiera y la economía privada, sino que el sistema ha ido y debe ir más allá, para conocer, a la vez, el resultado general y periódico de una explotación pública y particular, y el resultado parcial de cada elemento concurrente de la producción. ¿En qué proporción han contribuido al resultado total el capital, el trabajo, la máquina, el impuesto, la dirección técnica, el transporte, etc.? Esta es la contabilidad de costos, sin la cual todo cálculo en la competencia comercial e industrial es inútil, y a la que deben ingleses y americanos—«cost accounts»—sus progresos y sus triunfos. Para comprobar la eficiencia total, prevenir el error o el fraude, vencer en la competencia, suprimir el elemento débil o el detalle ocioso y determinar el factor superior, la contabilidad de costos y el sistema del «auditing» han de constituir procedimientos comunes en nuestra actividad comercial e industrial, generalizando su aplicación, según los consejos y experiencias de los especialistas como Clifford Ridgway (Cost accounts), Dicksee (Auditing), Nixon (Accounting and banking) y Fetter (Modern economic problems), cuyos trabajos deben ser más conocidos en esta casa.

No hay urgencia en diplomar doctores; lo indispensable es formar en su especialidad, ciudadanos ilustrados, prácticos y dignos de su país y de su título. En esta preocupación han de inspirarse la Facultad, su plan y su per-

sonal de profesores y alumnos. Habiendo buenos profesores, habrá buenos discípulos. Así lo ha entendido la reforma. Reconozco que un profesorado completo y competente no se adquiere de pronto; pero atribuyendo a este asunto mayor importancia que al defecto de los programas, se explicará la atención preferente que es forzoso prestarle. Desde luego, se ha de conservar, atraer, ayudar y estimular al buen profesor, sin ahorrar sacrificios. En su sabiduría y en su celo por compartirla con sus alumnos se ha de fundar la fraternidad intelectual, que constituye el alma y la vida de estos institutos. Aumentar y custodiar celosamente este tesoro, afirmando en maestros y discípulos la conciencia de que su unión y su tarea las amparan el amor a la patria, a la justicia y al trabajo, es la misión de la autoridad de esta casa.

El seminario, las monografías, los trabajos prácticos y las formas diversas de la extensión universitaria, no se conciben sin una relación más activa con el pueblo y sus necesidades. No basta estudiar la economía social: se la debe practicar.

El desequilibrio financiero de la nación, reagravado por el empirismo administrativo, es un hecho notorio; ¿cómo se ha de contribuir a suprimirlo, si el pensamiento universitario no se dedica a estudiarlo con franqueza y persistencia como asunto propio, fundando sus resoluciones sin otro móvil que su amor a la verdad y al bienestar general? Si falta técnica al gobierno y es preocupación de todos los pueblos cultos el llamar al servicio civil los ciudadanos más aptos para desempeñarlo, ¿cómo se ha de dudar de que los egresados de esta casa, debe llevarlos la ley a los puestos de la administración y de las instituciones del Estado en que puedan utilizarse las aptitudes que el mismo Estado ha cultivado para asegurar la eficacia de su misión y de sus funciones? Se economiza más en la administración, regularizando de esta manera sus servicios por el fomento y uso de instituciones creadas con tal objeto, que

atrayendo a las funciones públicas al personal improvisado que reclaman otras aplicaciones menos exigentes de la actividad individual.

La imprevisión económica no es menos notoria. Producir y producir constantemente es un programa hermoso y de actualidad palpitante, pero tiene que ser un programa incompleto mientras no se produzca bien y el desborde de la riqueza en desorden no nos conduzca a la crisis y al desastre que se conjuran por la organización técnica del trabajo y del capital. ¿Cómo desconocer, entonces, que esta casa, bien apoyada por el Estado y por la sociedad, fiel a sus fines, responde a una necesidad positiva cuando acompaña al país en su anhelo de trabajar sin tregua, velando, con criterio práctico y científico, por las leyes que gobiernan esa producción, por las garantías del menor esfuerzo, por la integridad del trabajo y del productor, por los costos, por el impuesto, por la moneda, por el transporte, por el intercambio, por el crédito, por la organización y por la suerte de tan vastos intereses económicos?

Atravesamos tiempos difíciles y tormentosos. No son los más propicios para defender de sus agitaciones la placida tranquilidad de las vigiliias universitarias. A la vez, deben mantenerse atentas a los conflictos económicos, cuyos ecos llegan hasta nuestro recinto, porque esa es su enseñanza, ese es el objeto de sus meditaciones, ese es el material de sus investigaciones, y contribuir a la armonía y al bienestar común es tarea de la Facultad. El país no puede seguir en la simple contemplación de sus riquezas o en el desorden de sus marchas. Nuestros competidores nos observan para suplir, a menudo, nuestras imprevisiones. A diario la información económica internacional así lo demuestra. Ved ayer lo que dice la dirección americana e inglesa del intercambio con la Argentina y Sud América, y sabréis si debemos continuar desprevenidos. Una de esas informaciones dice ayer, desde Londres: «A consecuencia de la decisión adoptada por la Universidad de Londres,

por la cual se crean grados académicos que hagan de la profesión comercial una carrera con todas las ventajas y honores académicos para los peritos en asuntos comerciales y bancarios, se ha acordado ahora dividir el programa en secciones geográficas. Se da una importancia especial en esta división a la América del Sur. Actualmente se ha constituido con este motivo una comisión consultiva compuesta de doce miembros importantes de la colectividad del comercio sudamericano, en la que están representadas convenientemente varias repúblicas que comprenden notables anglo-argentinos. Esta comisión decidirá acerca de todos los puntos prácticos del programa, para los que en el futuro tendrán el contralor del comercio de la Gran Bretaña y la América del Sur, suprimiendo muchas dificultades que hasta ahora obstaculizan el desarrollo de dicho comercio.”

Tenemos, pues, claramente en esa actitud de los países principales de nuestro intercambio el pensamiento universitario, expuesto por el órgano e institutos análogos. ¿Cuál es, a su vez, el pensamiento universitario argentino? ¿Podrá ponerse en duda, ahora, el deber de meditarlo y fundarlo cuanto antes en esta modesta Facultad? ¿No sufrirían el prestigio de la Nación y el de vosotros, señores profesores y alumnos, retardando la oportunidad de cumplir ese deber impuesto por el patriotismo y por la ciencia?

Señores:

Renuevo a profesores y estudiantes la expresión de mi agradecimiento por la confianza con que habéis esperado que merced al concurso de los señores consejeros de la Universidad, del gobierno de la Nación y del nuestro, podremos servir con firmeza y con justicia los intereses de la Facultad. Volvemos, pues, a una tarea que es solidaria. La reforma misma cuenta con el esfuerzo de todos para demostrar su eficacia y para que se diga de ella lo que dijo en 1895 en

Francia, de otra reforma universitaria, el entonces ministro Poincaré, que «no es la concesión deferente de los poderes públicos a las exigencias de la hora pasajera, sino el resultado maduramente meditado de esfuerzos perseverantes y de experiencias progresivas».

Quedan instaladas, en nombre de la Universidad, las nuevas autoridades de la Facultad de Ciencias económicas.

## AL INAUGURAR LOS CURSOS DE 1919

**R**EABIERTOS los cursos de la Facultad, cumplimos hoy con el deber de comunicarnos las reflexiones que sugiere la continuación de nuestra modesta y ya fecunda tarea.

En nuestro empeño por cuidar el grano de la cosecha anual, acariciamos apenas la flor y las hojas para aislar y presentar cuanto antes el fruto de nuestros esfuerzos. Por este método sencillo y casi rústico del labrador apasionado de su trabajo y de su tierra, nuestras observaciones han de sacrificar necesariamente los cuidados de la forma a la claridad y a la franqueza.

En todos los órdenes de la actividad humana, y muy especialmente en el que cultivamos, domina hoy más que nunca el carácter práctico de la educación y de los estudios. Los anhelos de una vida más simple y más conforme con los progresos de la democracia y de la competencia económica, deben ser al fin una realidad. Menos exposición doctrinaria y dogmática, y más contacto con las necesidades prácticas que nuestra juventud debe satisfacer desde el primer día de su lucha por una existencia robusta, regular y fecunda: he ahí el plan de la educación que sigue imponiéndose a todas las vacilaciones entre nosotros,

como en los pueblos de mayor experiencia. La reforma educacional ha acentuado esa tendencia antes, durante y después de la guerra, en las naciones que han sentido más hondamente sus efectos, como en las que sufren su repercusión. Mientras se luchaba en la batalla sangrienta, se presentía la agravación de la crisis social a que asistimos, y los pensadores fundaban su solución una vez más en esta reforma educacional, que atrayendo a la juventud hacia los conocimientos más útiles, la habilita mejor para organizar y aprovechar cuanto antes los valores económicos, en la chacra, en el taller industrial, en el comercio, en la administración, en el gobierno y en la democracia.

Practicándola constantemente o sea educando para la vida por la educación técnica para el trabajo, hemos de salvar a la América, decía en 1916 en los Estados Unidos, uno de los sabios colaboradores de «The Annals of the American Academy of political and social science». Hay que tomar las cosas como son, dice otro, sin detenerse en su explicación filosófica, para utilizarlas y perfeccionarlas inmediatamente, pensando en que es más urgente alimentarse, vestirse y vivir y triunfar con dignidad, que cultivar los clásicos antiguos. En estos días, el programa de «la guerra después de la guerra» consiste en producir y distribuir bien la riqueza, prevaleciendo en la recia competencia industrial y comercial que se traba entre las naciones para salvar del empobrecimiento, pagar sus deudas y rehacer sus fuerzas.

Desde la Universidad se ha podido recomendar hace pocos días la necesidad de distinguir entre la elaboración de la ciencia y su aplicación, observando con razón que los métodos en uno y otro caso tienen que ser diversos; pero, desde este instituto de enseñanza técnica o profesional, en que se prepara para la vida, y especialmente para la vida comercial, industrial y administrativa, esa distinción resulta menos indispensable.

En otras Facultades se cultivará la ciencia pura, mien-

tras en la nuestra no pretendemos sino aplicarla en interés de todos los ramos del comercio y de la industria. Este es nuestro puesto en la división del trabajo universitario, es decir, en la activa elaboración de la cultura nacional, y lo desempeñamos por grados, dentro de nuestra casa, desde la enseñanza secundaria hasta la superior, para intervenir en la producción y distribución de la riqueza, prácticamente desde su período inicial hasta su período orgánico, como obreros y como empresarios de la obra común. Llegará el momento en que la instrucción primaria responda a la misma finalidad, y entonces por la mejor cultura del trabajador habremos conjurado sus conflictos con el capital, desde que su mayor aptitud le asegurará mayor remuneración. En este propósito se inspira la ley de educación inglesa de 8 de agosto de 1918, que busca la cooperación de la escuela elemental con los cursos de educación técnica comercial para los jóvenes de menos de 18 años, contando con la vigilancia de los comités de comerciantes y de dependientes que faltan entre nosotros y que debemos estimular y atraer como el colaborador más eficaz en la enseñanza que nos preocupa.

Esta preferencia por la educación comercial se ha mantenido, como he dicho, antes y durante la guerra, y se acentuará en la paz, como un medio de normalizar la vida económica, y así resulta de los estudios de los congresos de Budapest y de Barcelona, de la Sociedad Internacional de la Enseñanza Comercial, en la que nuestro país debe intervenir como lo ha solicitado recientemente nuestra Facultad. Me ha de ser grato informar del resultado de esta gestión, así como de los trabajos de dicha asociación, que acepta el concurso de profesores y estudiantes de la especialidad y que tiene su asiento en Berna.

A la misma preocupación internacional por la enseñanza comercial, cuya iniciativa se disputan en cuanto a su progreso universitario, Alemania con sus conocidos institutos, y Estados Unidos con su vieja Escuela Wharton

de Economía y Finanzas de la Universidad de Pensylvania, deben atribuirse las recientes reformas inglesas; pero nos conviene observar que éstas se han realizado por una hermosa y formidable conciliación de la ciencia y los negocios de Oxford y Cambridge y la Cámara de Comercio de Londres, del espíritu universitario y de la actividad comercial que se confunden y triunfan así del clasicismo y de la rutina para consolidar la prosperidad y la justicia en los intereses económicos y sociales de la gran nación.

Nuestra Facultad es, entre nosotros, el agente más activo de estas ideas. Es forzoso, entonces, empezar por practicarlas. Precisamente por que sus egresados influirán más pronto que los de otras Facultades en la vida nacional, que es vida económica, debemos cuidar más su preparación y su eficiencia. Es condición de este resultado la serenidad del ambiente en que trabajamos. Aquí no cabe la intolerancia en las ideas ni en los sentimientos. La excluyen de antemano los métodos experimentales y de observación científica. En el mecanismo social como en el mecanismo industrial, decía Federico Passy, hay que evitar los frotamientos, poniendo aceite a los rodajes, y moderar los movimientos. Interpretando el concepto del eminente sociólogo, supongo que ese agente moderador, el aceite de la máquina, ha de fabricarse aquí, en la silenciosa actividad de nuestros seminarios.

Nuestra responsabilidad no se refiere sólo a la misión que nos incumbe en la actividad económica, sino al número que ésta reclama de los más aptos para desempeñarla. Desde que hay 70 veces más chacareros que abogados, decía Fiske, no hay razón para que éstos influyan más en la legislación y en el gobierno de los Estados Unidos. Nuestros comerciantes, industriales y agricultores pueden invocar, con el censo en la mano, mayor derecho a esa intervención política; pero la ejerciten o no, su primer deber es adquirir y comprobar preparación para intervenir en el comercio y en la industria.

Estamos en esta tarea aquí y en otras naciones. Mientras hacíamos análoga observación el año anterior en esta misma aula, la Universidad de Londres, con el concurso de la City, como he dicho, creaba nuevos cursos destinados a mantener el prestigio de su nación en los progresos del comercio, de la industria y de la agricultura. Nada puedo agregar hoy más completo, más oportuno ni más elocuente sobre la enseñanza comercial e industrial y sobre las ventajas económicas y morales que ella asegura a la juventud argentina, que lo expuesto en estos días por universitarios ingleses y reproducido en los Estados Unidos en los libros «The New Teaching» y «The boy's book of business», cuya traducción y difusión he dispuesto que se haga desde luego, por la Escuela de Comercio, para ahorrar tiempo, con la colaboración de profesores y alumnos.

Desalojado o resuelto el problema político en nuestra democracia, se reanima el problema económico y social. Nuestras instituciones políticas no pueden ser más democráticas, pero no puede decirse lo mismo de nuestras costumbres y de nuestras ideas. Nuestra burocracia creciente y parasitaria, la empleomanía, no tienen otro origen que el deseo de un buen puestito administrativo para escapar al trabajo manual. Se reagrava así la desigualdad económica que hace ilusorias las ventajas de la igualdad jurídica y política. Escuela de paz social, la nuestra, tiene de a resolver constantemente ese conflicto entre el privilegio y la justicia, conduciendo a la juventud por su dedicación al trabajo práctico, a la verdadera igualdad en las relaciones concretas de la vida.

¿Qué adelantamos con sólo la libertad política si asistimos indiferentes al quebranto de las leyes económicas en las relaciones comerciales, en la productividad técnica del trabajo, en el régimen monetario, en el impuesto, en el sistema agrario, en la organización del crédito, en la vida financiera, etc.? ¿Y qué esperanzas ofreceríamos de mejores tiempos si institutos como éste no conspirasen activamen-

te contra esa desigualdad económica, preparando a las nuevas generaciones para suprimirla por el trabajo y la educación?

Recórrase de nuevo nuestras campañas, y su problema resulta análogo al de las ciudades. No debemos imaginarnos un estado social. Basta que observemos el nuestro. En todas partes el mismo hecho: los trabajadores, la clase más numerosa, se muestran más organizados o dispuestos para la resistencia que para la reconstrucción, y tan atrasados como antes para atenuar su desigualdad económica. Persiste así necesariamente el desorden agrícola, comercial y financiero. Al mejor conocimiento de la ley electoral, no acompaña la aptitud necesaria para usarla con acierto. Y como el medio de conseguir este resultado es, como decíamos, educar para el trabajo práctico, haciéndolo cada vez más fácil y atrayente, nuestra misión social y económica aparece siempre urgente y oportuna. El conflicto obrero se resuelve al fin, entre nosotros, en una cuestión de costos de la vida. ¿Y cómo normalizarlos por la justa remuneración del trabajo, si no empezamos por conocerlos mejor, para asegurar la productividad técnica por la enseñanza que patrocinamos, y para fundar la supresión de impuestos excesivos, trabas, gastos públicos injustificados y desórdenes en el crédito y en la circulación monetaria, que son otras tantas causas de la vida cara?

El capitalista remunera el trabajo en proporción de su productividad económica y no de su cantidad. No le basta la riqueza y busca también el valor, y como éste, que es una relación, no depende sólo del trabajador, se pretende inútilmente aliviar su situación con leyes obreras, que son muy buenas, pero que dejan intactas las causas inmediatas del mal. La ventaja nacional e internacional de la legislación del trabajo no se discute. El primer curso se fundó bajo otro nombre en nuestra Universidad para estudiarla, estuvo a mi cargo y pienso que aún sancionadas como deben serlo, todas las leyes de ese carácter que se

hayan estudiado detenidamente, la situación obrera no se habría resuelto. Se prestan servicios más positivos al trabajador, en su situación actual, impidiendo la intervención del interés electoral en sus conflictos con el capital; amparando enérgicamente la libertad de trabajo por el cumplimiento de las leyes que la aseguran; estimulando su productividad técnica por la enseñanza que se cultiva en esta casa; siguiendo atentamente el costo de su vida y el salario, para señalar las causas que los perturban, y cuidando el esfuerzo obrero en la producción por las instituciones cooperativas que resuelven tranquilamente todos sus conflictos sociales y económicos. Entendida así nuestra misión, diríase de ella lo que de su escuela observara Le Play: mientras que fuera de nuestra casa se lucha apasionadamente por todo lo que los divide, debe estudiarse aquí serenamente todo lo que nos une.

Sin desconocer la importancia de la investigación sobre salarios y costo de la vida que debemos al Departamento Nacional del Trabajo y al Museo Social Argentino, he creído que debía ofrecerse a nuestros alumnos la oportunidad de colaborar en la que realiza el señor ingeniero Bunge de una manera permanente, y este profesor ha tomado a su cargo el curso correspondiente, continuando en nuestra Facultad el trabajo iniciado en la *Revista de Economía Argentina*. Su resultado, como ustedes saben, comprende por ahora la variación del costo de la vida y del salario desde 1910 a 1917 por la determinación de números-índices parciales (alimentos, indumentaria y otros gastos. y alquileres) que conducen al indicador total. Por el sistema de su preferencia, determinará la influencia en el costo de la vida del poder adquisitivo de la moneda que admite el uso sin duda de índices simples más perfectos que los graduados; y del mérito de su esfuerzo entre nosotros se tendrá idea reparando en que el primer trabajo análogo de la oficina del ramo de Wáshington comprende el pe-

río de 1890 a 1902 sobre los principales artículos de consumo por el sistema de los presupuestos de familia.

Pero, si en las condiciones anormales en que se vive, y se trabaja reside la causa más próxima de la agitación social, ha de reconocerse que ella no se renovará con sólo determinarlas mejor, y que, mientras se cultiva la enseñanza que se nos confía, profesores y alumnos deben seguir atentos los fenómenos sobresalientes de la actividad nacional, dentro de la organización de la casa, y que la respectiva investigación ha podido comprender, como sucede, temas de seminario, concretos y de actualidad palpitante, como los siguientes: La tierra y la inmigración; impuesto a la renta; gastos y recursos del presupuesto de 1919; la cooperación y la mutualidad en el país; reapertura de la Caja de Conversión; deuda nacional consolidada y flotante a 31 de diciembre de 1918; ferrocarriles del Estado, su explotación y finanzas; impuesto al ausentismo; marina mercante nacional; nuestros derechos de importación y de exportación; hilo para la cosecha; caja nacional de pensiones y jubilaciones; caja nacional de ahorro postal; cultivo y explotación económica del algodón y del olivo; balance de las sociedades de seguros, y mapa económico de la República Argentina.

Para los que entiendan que el malestar obrero es más complejo, o que complementada la legislación aplicable, no bastará para combatirlo reducir los gastos y cargas públicas en la Nación, y en las provincias por medio de una administración sobria, inteligente y previsora, y que no obstante el régimen libre de la apropiación de la tierra por el trabajador, que detiene los excesos de propiedad capitalista, debe buscarse en la constitución agraria causas más permanentes de ese malestar, disponiendo con otro criterio de la renta y del producto social, una Facultad de estudios superiores no podía excluir de sus investigaciones, las cuestiones que dejo expuestas, y así lo han dis-

puesto, con acierto, sin duda, los profesores y alumnos de los dos últimos años.

Los trabajos monográficos de los tres primeros años no se han descuidado y, de acuerdo con la reforma universitaria, se ha dictado la ordenanza especial de trabajos prácticos, requiriéndose de los profesores, el conformar con ella el programa de sus respectivas asignaturas. Me permito contar con el concurso de profesores y estudiantes para el éxito de esta reforma que supone de unos y otros una colaboración activa. El tema de la monografía evitará las generalidades enciclopédicas, como la cátedra las disertaciones académicas, con sólo reparar en que éstas no facilitan la investigación directa y científica que recomienda la reforma, y en que, habiendo prometido la Facultad habilitar al estudiante para su incorporación inmediata al comercio, a la industria y a la administración, una tarea tan honrosa no admite tregua. Entiendo además, que la monografía y el trabajo práctico no sólo se proponen contribuir a la enseñanza de las asignaturas que se han considerado más útiles, sino también el cultivar en cada alumno la especialidad más sobresaliente con relación a sus aptitudes y al ramo comercial o industrial de su preferencia. Sin duda esto explica la relación activa en que se mantiene el profesor con los estudiantes y con las necesidades o exigencias del comercio, de la industria y de la administración.

Es sensible que dificultades que no he podido allanar me hayan impedido proponer al consejo la fundación de una Revista de la Facultad, en que la publicación oportuna de algunas monografías del año anterior, que revelan mérito y acierto en la investigación personal, habría servido de estímulo y de ejemplo. Las de institutos análogos consisten en presupuestos de familia, en que se consigna se examina y se condensa todo lo que expresa un estado económico o social; en la información documentada y nueva sobre una cuestión de utilidad práctica relacionada con

el respectivo curso, o como dice el profesor Dr. Alviella, refiriéndose a las de la Escuela de Comercio de Bruselas, (que otorga títulos de ingeniero comercial), «en investigaciones o estudios de establecimientos de comercio, industria o de crédito, formados por series ordenadas de documentos utilizados en cada operación, relacionadas con el conjunto y con observaciones de las sesiones o cursos prácticos del profesor».

La Escuela de Comercio ha reanudado sus tareas y sigue mereciendo nuestra especial atención. A estar al número cada vez mayor de alumnos ingresados y al no menos considerable de solicitudes que no se ha podido atender por falta de local, es indudable que el público le dispensa su confianza. Para corresponder a ésta, espero de su dirección y personal docente que dentro del tiempo y material de enseñanza de que disponen se servirán llenar las deficiencias que han de reconocer sin duda y hacer de ese instituto el primero de su clase en Sud América. Hago más las oportunas observaciones con que inauguró sus cursos el vicedecano de la Facultad, doctor Suárez. Ellas, como las que dejo expuestas, sobre la importancia que atribuimos a la enseñanza comercial, obligan a su personal directivo y docente a ampliar sus relaciones con comerciantes e industriales, colaborando en la tarea común de atender sus indicaciones, de satisfacer su necesidad de personal competente y de estimular sus progresos. Con más razón que la enseñanza comercial superior, la secundaria debe realizar activamente una enseñanza esencialmente práctica. Un escritorio de negocio modelo, los últimos adelantos mercantiles, el movimiento constante del comercio, todo esto debe encontrarse o reflejarse en nuestra primera escuela de la especialidad. De la tarea de su dirección ha de decirse lo que expresa un libro de práctica mercantil de la contabilidad de costos de un negocio: es una torre central de mando de un acorazado comercial; por sus ventanas o rendijas ha de seguirse atentamente la marcha del nego-

cio, proyectando sus reflectores sobre cada progreso para estimularlo, y sobre cada error para corregirlo, iluminando siempre el horizonte o el derrotero.

Señores consejeros, profesores y estudiantes:

Estamos de nuevo en la tarea. Pudieran ser menos despejados los días que alcanzamos, y no sería por eso menos serena ni menos firme la confianza con que esperamos que, al reanudarla con el empeño que merece siempre la educación de la juventud en la verdad y en el trabajo, contribuirá a la mayor influencia económica y social de la Nación.

## AL INAUGURAR LOS CURSOS DE 1920

REANUDAMOS la tarea, sin que se haya modificado mayormente en los últimos tiempos, como es notorio, en favor de los intereses sociales económicos que nos preocupan, el ambiente de incertidumbre en que se agitan y desenvuelven.

No necesitaríamos otra razón para persistir en ella, si no fueran tantas y de diverso carácter las que nos deciden a detenernos, brevemente siquiera, en todo acto relacionado con los antecedentes, los métodos y los propósitos de esta casa, a fin de reanimarlos y recomendarlos.

La paz social perturbada; la producción constante y normal a que se aspira, estorbada por la desarmonía de sus factores principales; el comercio interno y externo retardado como consecuencia de las profundas convulsiones de los últimos años; la moneda, la circulación fiduciaria, el crédito, los cambios, vacilando entre las leyes científicas que los gobiernan y que en vano se pretende desconocer y los arbitrios que los desvían de su equilibrio o de sus cauces naturales; la concentración industrial aplicada como plan de explotación y de aprovechamiento en los países de trabajo rural y en los países manufactureros sin distinguir entre los unos y los otros, postergando la organización sindical y cooperativa previsoramente legislada en beneficio de la tierra, del capital y del trabajo, entre los

medios más morales de realizar sus propósitos; la distribución y el coeficiente de la población, en discordancia con la extensión y productividad del suelo-límite que se habilita mientras se estrecha la zona más fértil o mejor situada; los gastos públicos creciendo con la exageración financiera y con la desconsideración por el contribuyente; el empeño por desplazar el régimen constitucional de la propiedad y de la administración en vez de reformarlo y perfeccionarlo; la conciliación imposible de la moderación de los presupuestos y de los impuestos, con la insistencia en confiar cada vez más funciones a un Estado incompetente, arbitrario e irresponsable, confundiendo el socialismo con el estatismo, las reivindicaciones democráticas con la dictadura burocrática, las ventajas técnicas de ciertos servicios con el absolutismo del Estado-poder, y otros problemas de actualidad que se trasladan a nosotros, en sus formas más peligrosas, van en camino de suprimir la iniciativa individual, de quebrantar las más sanas energías sociales y de malograr las conquistas más fecundas de la libertad y de la ciencia.

Educar al trabajador y habilitarlo para aplicar sus aptitudes disciplinadas en el estudio a la solución práctica de sus conflictos, es asegurar la más firme garantía de orden y de armonía en la industria y en el comercio, en la familia y en la sociedad.

Hay leyes económicas cuya verificación y antigüedad les han impreso la serena majestad de las leyes científicas. Al fin, la ciencia no es si no un método de observación y de clasificación inteligente de los hechos comprobados. Se estudie la economía política pura antes que la aplicada, y se realice o no esta aplicación para fundar una teoría de los cambios y de los precios, bajo un régimen hipotético de libre concurrencia completa, a fin de armonizar los métodos experimental y racional, el resultado será siempre útil para confirmar esa observación. Una nueva lectura de Adam Smith a través de dos siglos, en presencia de los

problemas del presente, con referencia a la obra de los economistas que desde entonces han depejado el camino, suele servir para atenuar nuestro entusiasmo por las innovaciones más atrevidas.

El hecho es — y a esto iba mi pensamiento — que el desconocimiento de estos principios por pueblos o gobiernos, tiene su sanción más o menos inmediata y siempre implacable. Se trate de impuestos, de moneda, de crédito, de producción, etc., se podrá ensayar esas innovaciones bajo la presión de las necesidades políticas o fiscales, a costa del consumidor, del trabajador y del capitalista; pero en todo caso el desastre no tardará en seguir a la violación de dichas leyes. Estas se burlan del concepto inglés atribuido a las facultades soberanas del Parlamento, toda vez que se pretende confiar demasiado en las reformas legislativas y prescindir de la realidad de los hechos y de la opinión.

Las agrupaciones políticas entre nosotros como en otros pueblos, van reconociendo, cada vez con más franqueza, que no basta intervenir en el gobierno para llenar su misión. Su preocupación más útil resulta siempre la que tienda a la educación técnica del trabajador. No es un programa el ejercicio del poder público entre las tinieblas de la ignorancia y del desorden. Desde luego, depende de la enseñanza que realiza estos institutos, la suerte de las clases media, cuya preparación insuficiente bajo el predominio de las clases superiores demasiado dedicadas a la enseñanza clásica, las hace víctimas de la evolución económica contemporánea. Hay que arrancar de raíz el prejuicio de la inferioridad de las carreras comerciales e industriales.

Revisado el programa triunfante en Francia de la alianza republicana democrática, se destacan capítulos como estos: «reforma administrativa por la introducción de métodos comerciales e industriales en los servicios públicos y por la descentralización y simplificación de sus ro-

dajes»; «organización de la enseñanza técnica y profesional completa desde la escuela primaria hasta los institutos superiores»; «simplificación de la contabilidad pública y un control más rápido y efectivo de los gastos».

No menos significativa es la uniformidad con que los partidos en esas naciones ofrecen en estos días, garantías de competencia técnica en los agentes de la administración y el gobierno. He ahí una esperanza de que vuestra consagración al estudio y vuestra aspiración a servir al país en todos los órdenes de su actividad, no serán estériles. Comentando esa reforma, dijo un economista en diciembre último: «cuando un hombre llega al poder, debe conservar sus opiniones y aplicar su programa: no debe poner el interés general al servicio de su partido: debe poner su partido al servicio del interés general». Los hechos han seguido a los proyectos, y ya se sabe que en el primer ministerio de la nueva presidencia de Francia, la preparación técnica y especial de sus miembros se confunde con su representación política. Beaumarchais ha quedado burlado, dice un publicista, y un comerciante ha ocupado el ministerio de comercio; un agrónomo el de agricultura; ingenieros, los de guerra y marina, y así sucesivamente, se ha consultado la especialidad en la proporción conveniente, dentro de los veintiún miembros del gabinete.

No podemos ser impacientes. Nuestra sociedad va respondiendo a estos anhelos nacionales, por el camino más seguro, es decir, prestando mayor atención a la educación práctica de la juventud. Un decreto reciente de nuestro Ministerio de instrucción pública, se inspira acertadamente en estas ideas. El número de alumnos de las escuelas de comercio de la Capital federal en 1918 era de 2.207, y en el corriente año no bajará de 2.700. En nuestra Escuela de comercio Carlos Pellegrini la inscripción de 1914 era de 927, la de 1919 fué de 1.360, y hoy pasa de 1.500. En la Facultad de ciencias económicas la inscripción de 1914 fué de 277 y en 1919 llegó a 390.

Su influencia, por otra parte, en nuestra organización económica y administrativa, no ha de depender del número de alumnos de estos institutos, sino de la sólida instrucción de sus egresados, y con tal motivo será indispensable mantener la mayor atención sobre nuestra escuela de enseñanza secundaria, cuyo plan de estudios tiende a conciliar las asignaturas de carácter profesional con las de cultura general. El personal directivo y docente de la escuela llena así una tarea de gran responsabilidad. Desde luego, afirma las bases fundamentales de la Facultad, que sólo recibe cómodamente en sus aulas a los egresados sobresalientes de la escuela. Los dependientes idóneos y los peritos mercantiles, cuando se sientan bien armados para luchar y triunfar en la vida práctica del comercio y de la industria, no reconocerán la necesidad inmediata de ampliar los estudios e investigaciones que los habiliten para las funciones dirigentes de carácter económico. De esta manera, producida esa selección por el trabajo, llevamos a la clase media la seguridad de su emancipación, a las instituciones cooperativas la condición de su eficacia, y a la sociedad y al gobierno la mejor garantía de normalización y de acierto. Es insuficiente el inducir al trabajador a una organización artificial en partidos políticos, en sindicatos y en cooperativas, si carece de lo esencial: su instrucción. Sus dirigentes mismos, cuando prestan su concurso a esta tarea desde el gobierno y desde la propaganda, difundiendo la luz, ajejan la sospecha injusta de que su predominio prefiere la inferioridad del medio en que actúan, asistiendo indiferentes al retroceso.

Por otra parte, reconocido el hecho de la agitación obrera, aún en países como el nuestro de notoria amplitud para el trabajo y para la apropiación libre de la tierra, no puede desconocerse, a la vez, que ella se inclina a asumir formas extremas o revolucionarias. Si el trabajador en esas condiciones se extravía en el anarquismo, no es, en general, por convicción, sino por desesperación o por ignoran-

cia. Vencido en la lucha económica, sin otro vínculo común que el descontento, busca un programa posibilista y sirve al que le ofrece métodos más subversivos y simples para mejorar su suerte. Sin educación ni confianza en sus aptitudes, acude a la violencia estéril para provocar, como reacción, la violencia igualmente estéril. En su extravío se adhiere a cualquiera agrupación, sin hacer cuestión de nombres. Lo que reclama es un programa claro y concreto de construcción y de conciliación, y, en su estado actual, no podrá encontrarlo sino por su educación moral e intelectual, bajo la influencia confortable del hogar y de la universidad. La obra de los partidos es afirmar esa convicción y rivalizar en el estudio y en la práctica de las soluciones constructivas y pacificadoras.

Pero la utilidad de estos institutos y de su enseñanza positiva no se difunde sólo con la propaganda. Es forzoso ponerlos en contacto con el trabajador y con sus hijos, y requerir su colaboración con el ejemplo. Su plan y sus programas, inspirados en el convencimiento de que deben aprenderse sólo las materias indispensables y bien, y de que no es menester dedicar un año a la enseñanza que pueda hacerse en menos tiempo, esos programas, digó, son nuevos y se observan constantemente, atendiendo todas las indicaciones de la experiencia. La relación más activa de profesores y alumnos, que estimule la iniciativa directa de los últimos en el trabajo común, se recomienda lo suficiente como una exigencia de los métodos de la casa, y esperamos que ha de conservarse y vigorizarse. Pero para todo esto, como para comprobar las ventajas de la docencia libre y de los seminarios que mantienen su actividad, necesitamos local y recursos financieros, y ya se ha demostrado en el primer volumen de los *Anales* que el uno y los otros son estrechos, y que esta Facultad es la menos favorecida por el presupuesto universitario.

Hemos indicado también, concretamente, el medio de reforzar esos recursos de la Universidad, teniendo en vis-

ta, por ahora, las necesidades inmediatas de la casa, y en el porvenir, las de la misma Universidad. Ha de reconocerse, con tal motivo, que los capitalistas inteligentes y patriotas del país, sus grandes propietarios territoriales, sus comerciantes e industriales de mayor fortuna, los banqueros, los más favorecidos por herencias valiosas, los ricos, en general, nuevos y viejos, no contribuyen a la enseñanza técnica, secundaria y superior de la juventud que trabaja, vigilando y sosteniendo más directamente esta casa. Si ésta prepara al propietario, al comerciante, al industrial y al gobernante de mañana cultivando sus aptitudes para las disciplinas más prácticas de la vida y para el concierto del capital y del trabajo, conjurando así las agitaciones sociales que estorban la tarea exigente de estos días de producir cada vez más y mejor, ¿cómo puede olvidarse que hay previsión y patriotismo en cumplir ese deber? La revolución económica a que asistimos no ha de dominarse con simples manifestaciones de patriotismo sentimental o literario.

Se ha recordado con razón que el celo educador de Carnegie y las dotaciones universitarias de Rockefeller no son sólo fastuosas generosidades: expresan la aplicación de una nueva política social impuesta por la situación americana. Las primeras universidades de los Estados Unidos, sus centros de mayor prestigio intelectual, tienen un origen plutocrático. La influencia moral y científica de los estudios universitarios sobre los trabajadores envuelve un sentimiento sano de conservación social. Cuando faltó a las universidades la dotación de tierras públicas, acudió en su apoyo la aristocracia del dinero. Entre nosotros, confiando demasiado en el presupuesto, se incurriría en el error señalado en Francia por Chatelier, si, mientras se fundaran por el Estado nuevas universidades, no se asegurase vida más robusta a las que existen.

Se irán allanando en el camino estas y otras deficiencias, mientras tengamos fe en el porvenir de la Nación y

en la obra silenciosa, tenaz y fecunda de su juventud trabajadora. Desde luego, no nos anticipamos a una necesidad nacional que no sea actual y positiva cuando recomendamos la enseñanza comercial y técnica. En estos días, como lo ha comunicado nuestro embajador en Washington, los representantes de las universidades americanas acaban de reunirse en esa capital para prestigiar y practicar esa misma enseñanza comercial en las facultades de ingeniería, en virtud de razones análogas a las que pudieron invocar con respecto de las de derecho. Nos hemos dirigido con tal motivo a nuestra Facultad de ingeniería y ciencias exactas, sometiendo a su consideración tan valioso antecedente y comprometiendo desde ahora nuestro modesto concurso.

Entretanto, toda vez que esa juventud inicie una nueva jornada, hará bien en concentrarse en sí misma, reavivar su amor a la patria y a la verdad, que son sus más nobles ideales, su respeto a la familia y a sus maestros, que son sus mejores colaboradores, y su solidaridad con la sociedad que les entrega a crédito esta casa, haciendo un descuento a su laboriosidad y a su leal adhesión al orden y a las instituciones.

## AL INAUGURAR LOS CURSOS DE 1921

Los cursos de la Facultad y de la Escuela anexa funcionan regularmente desde el mes anterior, y se debe a una deferencia, que agradezco, del señor vicedecano, mi intervención en este asunto simplemente declarativo de la inauguración anual, en el que expresamos, siguiendo una buena práctica, las ideas y los anhelos con que reanudamos la tarea.

Los estudios o investigaciones de esta casa se fundan, como siempre, en la ciencia aplicada a la realidad de la vida nacional. Es cada vez más oportuno recordarlo y practicarlo. Son múltiples los fenómenos económicos que reclaman el examen constante de nuestros profesores y alumnos, y graves los errores de los que improvisan su solución o la postergan indefinidamente.

Abordarlos con serenidad y franqueza, es servir a la Nación y a la verdad. Así se comprueba, además, el acierto de lo que considero la verdadera reforma universitaria. Esta consistió, al completarse la organización de la enseñanza comercial, en la acentuación de una tendencia positiva y técnica en la instrucción pública, destinada a habilitar a la juventud para el trabajo, a formar hombres útiles y de carácter, a prepararlos, para la más activa producción económica. La intervención de la población universitaria en el gobierno de sus intereses, más o menos directa o expuesta a perturbaciones estériles, es un detalle secundario de la reforma, o si se quiere un medio de alcanzar aquel fin

superior y permanente. Lo principal es dignificar la vida individual y colectiva, haciendo de cada hombre un colaborador consciente y libre del bienestar común.

No es extraño que nuestra educación se resienta de los errores que esa reforma quiere corregir. Pueblos mejor organizados sufren sus consecuencias. “El problema de la educación nacional que tanto preocupó a los fundadores de la tercera República, dice un eminente profesor francés, ha sufrido una serie de crisis, cayendo, antes de la guerra, en un estado caótico, incoherente, informe. La guerra ha revelado esta incoherencia.” “No estábamos organizados, no estábamos administrados, o lo estábamos por incapaces.” “La educación, en este siglo, conserva la pretensión de pasar de una generación a otra el patrimonio científico de la humanidad, y de aquí la inflación de los programas, el saber enciclopédico, superficial y libresco.” Lo mismo sostiene en estos días, refiriéndose a la Francia, Desthieux, el autor de *Producir* y de *Les crânes bourrés*. “No basta propagar el derecho, es necesario vivir, dice M. Henri Fosse. Vivir antes que todo. Sólo la patria que vive, que se desarrolla, es capaz de defenderse y hacer del derecho una realidad. La primera belleza de la vida es ella misma. La nación vive si produce; produce si trabaja, y trabaja si sus fuerzas se ordenan y se orientan en vista de un fin: vivir dignamente.” La misión de las universidades es triple, agrega M. Belot: mantener el nivel de la alta cultura en el país y la armonía entre las ciencias especiales; relacionar la ciencia pura y la ciencia aplicada, y vigorizar el espíritu nacional y su influencia sobre la actividad social y económica. La reforma argentina consistió en estimular la realización, aun en retardo, de esos fines.

Son relativamente recientes, en los países de lengua inglesa, los progresos de la enseñanza comercial superior. La Facultad de ciencias económicas de la Universidad de Londres, es de 1900, y en el año anterior se ha fundado su sección de ciencias comerciales. El plan de las americanas

se realiza mejor a favor de sus profesores eminentes y de sus recursos financieros sin ser más completo que el nuestro. Es general, en el mundo, la difusión de nuestra enseñanza, en los mismos grados de la enseñanza técnica industrial, porque es general también la pasión por el trabajo, por su mayor rendimiento, por la mejor formación moral, intelectual y física del individuo. Merece una atención especial la creación en la Universidad de Londres en mayo último, de la sección de estudios comerciales anexa a la Facultad de ciencias económicas, patrocinada por Mr. Balfour y asegurada por la banca, el comercio y la industria, sobre la doble base de una colecta de 500.000 libras esterlinas y del convencimiento de que satisface una necesidad primordial de la Gran Bretaña. Al inaugurarla, dijo el rey en su discurso: "Tres siglos hace que Francisco Bacon criticó las universidades de su tiempo como refugio del dogma retardatario y de disputas estériles. Esta desgraciada tradición ha desaparecido, y los estudios académicos se han transformado y ampliado bajo la presión de los progresos científicos y de las necesidades prácticas sin afectar las aspiraciones de una elevada y humana educación. Cuando la enseñanza de la administración, de la agricultura y del comercio se incluye en los planes de una Universidad, ésta demuestra desde luego su utilidad superior." Contestando al rey, dijo a su vez el vicerrector de la Universidad de Londres: "Analizando, pasada la guerra, los factores de que depende en tiempo de paz la riqueza y prosperidad del país, reconocemos como principales la tierra, el comercio y la industria. Creamos y organizamos hoy los cursos del comercio. En el mundo moderno, el triunfo es del hombre y de la nación que sabe usar de esos factores. A las distinciones académicas les faltaba ese complemento. Necesitábamos para conseguirlo el concurso de los hombres, para los cuales el tiempo es dinero, y lo han prestado con toda liberalidad."

No es fácil ofrecer a nuestros hombres de fortuna, de

la banca, del comercio y de la industria argentina, una demostración más elocuente de los deberes que tienen con nuestra Facultad de ciencias económicas para animarla en su lucha permanente con la falta de local, de profesores bien remunerados y de los recursos más indispensables.

La organización del país para la producción y la competencia comercial tiene que ser el fruto de la acción y del pensamiento universitario cuando el pueblo la desconoce o el Gobierno la descuida. Esa tarea la desempeña la universidad, cuando educa para el trabajo, para la administración y para el gobierno inteligente de los intereses nacionales. Por esta razón más, hija genuina de la dura realidad de nuestra situación, la reforma ha de imponerse a la preocupación universitaria, dominando su vida y su actividad. La cultura clásica en nuestro desarrollo social y político, tiene que ser extensiva y secundaria: educar para la acción positiva es la tarea actual e intensa de un pueblo sin capital acumulado, sin organización adelantada y sin otra riqueza efectiva que la fundada en la fecundidad de su tierra y de su raza.

No hemos correspondido a la generosidad de la naturaleza. Recibiendo y aprovechando en desorden sus beneficios, los progresos intelectuales y políticos han resultado incapaces para evitar el retroceso social y económico. las crisis frecuentes y la descomposición de las instituciones destinadas a consolidar la vida nacional. Hay que reconocer entonces que nuestra educación es insuficiente para la producción y que ha fracasado para la administración. Mientras se educaba para el funcionarismo y la literatura política, el trabajo agrícola e individual, que debió ser nuestra ley, y el comercio, que es su consecuencia, se cultivaron sin dirección técnica ni plan permanente.

Esta situación subsiste y se agrava. La enseñanza agrícola y comercial, la ciencia aplicada a la explotación rural, a la actividad comercial y al gobierno administrativo, la iniciativa individual y colectiva al amparo del orden

y de la libertad, se dejan de lado cada vez que un desequilibrio en el crédito, que una paralización de los negocios, que una alteración en los cambios y que una cosecha malograda, complican los cálculos de la especulación u oscurecen sus perspectivas, para acudir a la omnipotencia del Estado, al emisionismo monetario, a la inflación del presupuesto. Por este camino restablecemos la definición de Bastiat, según la cual “el Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo se esfuerza en vivir a expensas de todo el mundo”, y nos alejamos de la fórmula complementada de los fisiócratas: “educación, libertad y seguridad, no necesitan nada más para prosperar el agricultor y el industrial, ni nada menos”.

La experiencia propia y extraña va perdiendo su utilidad entre nosotros. Pueblos más pobres que el nuestro han labrado su fortuna y su prestigio por otros métodos. El rincón de tierra en que se rehace la Bélgica, compuesto en su origen de bosques pantanosos y de landas silvestres, sin los dones de nuestra naturaleza pródiga y fecunda, se convirtió en centro inmenso de riqueza por la educación y por la ciencia, por la organización económica y por la energía del propio esfuerzo.

La Universidad del trabajo, de Charleroi, ha condensado su programa en la divisa de Gladstone — un hecho vale más que mil argumentos — y elevando, por su educación técnica, la función del obrero en la producción industrial, ha comprobado en diez años de experiencia el acierto con que su director, M. Buyse, recuerda que “el acrecentamiento del valor personal y de la capacidad ejecutiva de todo individuo, es una necesidad vital de nuestra época. Cualquiera que sea el régimen social, el hombre que realiza en una hora una tarea determinada, vale socialmente el doble del que requiere dos horas en igualdad de calidad, de cantidad y de gasto de energía”. En las condiciones actuales de producción, esa educación técnica es cada vez más indispensable, en Bélgica como en la Argentina, para

el ganadero como para el hombre de gobierno, para el ganadero como para el comerciante, para el agricultor como para el industrial.

Prescindir de la realidad y de la ciencia en el examen y solución de nuestros problemas económicos, es debatirse entre la ficción y las tinieblas, a costa del porvenir, sacrificando a la vanidad y al egoísmo del presente, la suerte de las futuras generaciones. Una vida más simple y ordenada, para el individuo y la Nación, es la consecuencia de la educación que se cultiva y se practica en esta casa.

Detengámonos, brevísimos instantes siquiera, en cualquiera de las dificultades de la actuación nacional — el desequilibrio financiero o el peligro que amenaza la estabilidad de la moneda — y se comprueba la eficacia de esas normas de la economía privada y pública.

Exagerando un concepto teórico del Estado, al que se abruma con funciones superiores a su capacidad y a su fuerza, para debilitarlo y derribarlo, reemplazando así una tiranía por otra, se desatiende los hechos, y la Nación, las Provincias y Municipalidades, elevan sus presupuestos en déficit sin consideración alguna a los recursos realizables. No importa que la libertad de trabajo se desconozca, que el crédito exterior se suspenda, que el interior sea insuficiente, que las garantías de la producción y de la exportación sean inciertas, y que el impuesto e inseguridad sean excesivos. Se vota de todos modos primero los gastos, en nombre de la teoría clásica y de la veneración patriótica por el Estado, y después se vota también, como se pueda, los recursos. Lo contrario, sin embargo, es lo que aconseja, sobre todo en estas circunstancias, la economía financiera. En ningún caso el presupuesto debe ajustarse con más rigor que en el actual a los recursos disponibles. Estos no pueden determinarse en función de necesidades que no sean indispensables. Mientras el trabajo y el capital buscan su ajuste en el orden y la libertad, sólo puede perturbarlos el Fisco con su voracidad o el doctrinarismo con sus impa-

ciencias. El efecto fatal de esa perturbación será el empapelamiento o la ruina. Nuestra situación, bajo este aspecto, no es más favorable que la de los países que salieron de la guerra y que, por la economía y la educación restauran sus finanzas y mejoran sus cambios.

Debimos contar con esta mejora de su balanza de cuentas, porque mientras mirábamos al cielo y descuidábamos nuestra propia balanza, gastando estérilmente sus saldos y manteniendo clausurada la Caja de Conversión para engañarnos mejor, incurriamos, en la paz, en desviaciones de las leyes científicas que sólo se excusa en la guerra.

No se desconoce que la clausura de la Caja de Conversión es una causa artificial de baja del cambio en estos días, desde que contribuye a deprimir el signo monetario e impide el uso del instrumento de pago internacional. Esta inconvención se agrava con la prohibición de exportar los cincuenta millones de pesos oro que existen fuera de la Caja y asisten inactivos a los saldos desfavorables de la balanza comercial con Estados Unidos e Inglaterra y al cambio también desfavorable que la expresa. Pero los que ven una conveniencia en mantener esa situación, o no ven la dificultad de dar estabilidad al cambio bajo el régimen de la inconvención, objetan: primero, que los demás países esconden también su oro; segundo, que así, con la desvalorización de la moneda, facilitamos la venta de nuestra producción; tercero, que autorizar la exportación metálica es hacer competencia a la exportación de los productos argentinos, y cuarto, que el comercio tiene la culpa de las importaciones excesivas.

Somos un país de moneda sana, o lo seremos, a condición de cumplir la ley que rige su conversión. Si ésta no se cumple, retrocederemos más de veinte años atrás y forzosamente volvemos al desastroso desconcierto monetario que liquidó la ley de 1899, promoviendo así de nuevo el despojo de la fortuna pública y privada, desde que nuestro peso papel pierde cada día más su valor de emisión y en la mis-

ma proporción se encarecen los artículos importados y el costo de la vida.

Inglaterra y Estados Unidos no restringen la exportación de oro, como se sabe, desde que nos lo han enviado para cubrir sus saldos, y Francia autoriza su exportación cuando ésta responde a operaciones efectivas del comercio internacional. Pudiera ocurrir lo contrario, lo que no es el caso, y eso no bastaría para regresar a la inconvención. Por otra parte, la venta y exportación de nuestros productos, depende de la voluntad y del interés de los compradores. Si no hemos recibido este año los 150 millones de pesos oro: de la diferencia en menos de la exportación de trigo y maíz con relación a los mismos meses del año último, la causa no debe tener relación con la Caja de conversión desde que las cosechas anteriores se colocaron sin dificultad. Depreciado el peso nacional, nos pagarán sin duda, mayor precio por nuestros productos, pero en una moneda que valdrá menos. Habiendo productos exportables, que valgan oro en el exterior, no ha de preferirse la exportación del metálico a pérdida segura, ni es prudente esperar que el comercio que exageró sus importaciones las liquide, por gusto, ruinosamente, si causas extrañas a su voluntad no han alterado el orden normal de sus transacciones.

Si en los cambios intervienen varios factores, el medio de normalizar sus fluctuaciones debe consistir en conocer y regularizar la libre influencia de esos mismos factores. La cantidad de oro o de letras de cambio, o su oferta y demanda, es uno de sus factores, pero sobre éste influyen la balanza de pagos, la confianza, la cantidad y calidad de la circulación monetaria, la especulación, la estabilidad del valor de la moneda, la situación económica, financiera y política, de tal modo que se extravía el examen de la fluctuación cuando se la atribuye a una de sus causas y sólo avanza cuando las comprende a todas. Es este método conocido el que aplica el señor Subercasseaux

al estudio de dicho fenómeno en los países sudamericanos, método que excluye necesariamente toda idea de secuestro oficial del oro o de regreso a la inconvertibilidad monetaria como se pretende entre nosotros, según se comprueba consultando el libro último del distinguido economista chileno.

Para los economistas ingleses de la teoría clásica, el cambio desfavorable se corrige por sí sólo, o la balanza de cuentas del país recobra su equilibrio sin necesidad de una política reguladora de los cambios. Ricardo Stuart Mill, Goschen y sus continuadores todo lo esperan del tiempo y de su teoría monetaria y no se detienen en los elementos activos y pasivos de lo que ellos llaman balanza comercial y que comprende la de pagos. Una interpretación criolla de ese sistema daría fundamento a los partidarios de la inacción contemplativa. Pero, por un lado, esto sería preferible a conspirar, mediante el desorden económico y financiero, contra la estabilidad de la moneda, y por otro, es sabido que los mismos economistas respetuosos del credo ricardiano, como el Dr. Justo entre nosotros, no confían demasiado en el tiempo ni en la doctrina, y dicen: "Los cambios se equilibran y se arreglan solos, lo que necesitamos es una política monetaria que mantenga en circulación en el país signos de un valor intrínseco o representativo lo más constante posible y en la cantidad suficiente para llenar las necesidades monetarias de la Nación y una política tendiente al establecimiento gradual y seguro, en un plazo conocido, de la libertad de comercio con otros pueblos".

Como se ve, se reconoce la necesidad de una política reguladora de los cambios, que aisle y estudie todos los elementos del fenómeno. La disidencia va reduciéndose a la determinación del factor preponderante, y el método que nos conduzca a este resultado, no puede ser otro que el de la investigación científica de los hechos actuales y no de

los supuestos, de la realidad económica y no de la fantasía doctrinaria. Es y debe ser el método de esta casa.

La profunda perturbación del mercado de los cambios en Europa y los medios extraordinarios que se usan para corregirla, no es el hecho menos influyente sobre nuestra situación, y es forzoso contar con su intervención en la política reguladora y defensiva que adoptemos. Si no hemos de quedar fuera de la obra complicada y activa que realizan en este momento todas las naciones por restablecer la normalidad de su vida y de sus intereses. Esos medios ordinarios y extraordinarios son conocidos. Aun con relación a nuestro país, han sido examinados en el exterior, en los últimos tiempos, por Ansiaux y Raffalovich en publicaciones que ustedes consultan, y, entre nosotros, por los Srs. Bunge, Lahitte, Hansen, Martínez, Pillado y Kohn cuya información estadística ofrece el material suficiente para establecer una política nacional de los cambios que evite el uso de sistemas exclusivos y teóricos, la reagradación del estado actual por el retardo en corregirlo, el olvido de que con todos los estorbos que le oponemos, nuestra exportación anual no baja de 800 millones de pesos oro, y el error de creer que el remedio aislado de la reapertura de la Caja de conversión sin acompañarlo de otros igualmente necesarios para asegurar su eficacia, puede resolver las dificultades del presente.

Siendo aún muy modestos los límites de nuestra misión, no se nos ha de exigir siempre conclusiones definitivas en las investigaciones que nos preocupan, pero sí un plan lógico y articulado en el trabajo constante de aplicación de la ciencia a la economía nacional. Dejo afirmado una vez más el propósito de que ese plan se conserve y se perfeccione.

La publicación de los "Anales" y de las "Investigaciones de seminario", la incorporación de nuevos profesores, y de nuevos cursos, el aumento cada vez mayor de alumnos, y otras muestras visibles y reiteradas de consagración

a nuestros deberes, dan fe del sano y franco desarrollo de la Facultad y su Escuela anexa. La Universidad, y especialmente su digno rector, le prestan todo su concurso. Lo recibimos del pueblo trabajador que nos envía, cada vez en mayor número, su juventud bien dispuesta a las disciplinas de la casa, y respecto del que esperamos de capitalistas muy progresistas, no podemos ser impacientes desde que, sin otra propaganda que los hechos, uno de ellos el señor Miguel Mihanovich, ha destinado 25.000 pesos para complementar nuestras instalaciones, un Banco extranjero vinculado al progreso nacional tomará a su cargo los gastos del Seminario dedicado a nuestra cuestión monetaria, y un estanciero distinguido hará lo propio con el Seminario consagrado al estudio permanente de la situación económica de la ganadería argentina.

En estas condiciones continuamos la tarea, comprometemos la responsabilidad de profesores y alumnos, y esperamos merecer el concurso de la opinión.

## PROLOGO AL PRIMER TOMO DE LOS ANALES DE LA FACULTAD

LA influencia económica, dominando el desenvolvimiento de la sociabilidad argentina, promovió la transformación de la enseñanza universitaria e impuso la fundación de la Facultad de Ciencias Económicas.

En estos días el mismo factor acentúa su intervención en la vida nacional, y no podrá detenerse ya el impulso que determinó esa fundación desde que rectificó definitivamente errores en que no podemos reincidir y nos incorporó a los progresos sociales de la época, ofreciendo a la educación de la juventud nuevos métodos y nuevos ideales.

A este período de nuestra evolución, debe corresponder su sistema de educación y de enseñanza. Bajo el método clásico y dogmático, fructificó la literatura política, la teorización excesiva, el amor a la forma, el culto de lo abstracto. Mérito sin igual fué, sin duda, el de los estadistas que bajo ese régimen crearon y organizaron la Nación, hasta instalarla para el trabajo y la producción, luchando con la naturaleza, la barbarie, el desierto y las divagaciones declamatorias de más de una generación educada en la aspiración exclusiva hacia el funcionarismo y la figuración literaria. Deliran, decía José Manuel Estrada, dirigiéndose a la juventud de su tiempo, los que, ponen su esperanza en las libertades políticas, que a menudo sólo cambian los agentes del despotismo y por sí mismas nunca fundan las libertades sociales. Ante ese problema

pavoroso de una transformación social, profunda e inminente, agregaba Miguel Cané, el espíritu no puede ya apasionarse por las fútiles combinaciones de la política.

No hay ni puede haber otra aristocracia que la del trabajo y la voluntad. El nuevo plan de educación de la clase dirigente, debe ser el de la clase trabajadora: el estudio de las artes y de la ciencia en igual plano que el de la industria y el comercio; infundir en el espíritu el amor a la justicia y al trabajo; perfeccionar la obra del pasado, y hacer hombres de su tiempo y de su patria, por una enseñanza crítica e histórica que obligue antes que a imitar y admirar, a obrar con conciencia y energía.

Según esto, el pensamiento universitario es ineficaz si se aleja de las necesidades de la vida real. El hombre nace deudor de la sociedad, dice el solidarismo, para fundar su teoría y su práctica de la previsión y de la educación. Y como ese pensamiento lo habíamos ubicado en la clase dirigente, ésta se alivia de su responsabilidad activando su reacción en favor de la enseñanza profesional y técnica, en su concepto científico y práctico (Parquier. *Enseignement professionnel en France*) — “voir clair, parler net, agir vite” — que se cultiva en esta casa. El autor de *Les Classes dirigeantes*, Charles Bigot, atribuye sus errores al desconocimiento de la economía política y de la organización social.

Es urgente, sin duda, la reforma económica, y no lo es menos la reforma moral. Pero, como no hemos preparado al trabajador en la enseñanza económica y moral, de poco sirve la incitación si a la conciencia del derecho no se agrega los medios de hacerlo efectivo, o sirve tanto como al parálitico su voluntad de caminar, si no ceden a ella sus miembros inactivos.

En nuestra Facultad, como se ha dicho, no se hace la ciencia: se la aplica; y dentro de cada disciplina, este método debe ser invariable. Los ilustres maestros López, Agrelo, Vélez, Lamarca, llenaron su misión dignamente ense-

ñando Economía Política pura en días en que sus alumnos iban sin más bagaje al gobierno para suplir, a costa del país, su falta de Economía Política aplicada, o su exceso de generalizaciones inductivas. Se explica así, en buena parte, el retardo de nuestra organización económica y la indiferencia con que asistimos al desorden financiero. No escaseaba ciencia en los dignos profesores, ni en los buenos discípulos: faltaba verificarla por su aplicación a un país sin educación técnica, ni respeto por el trabajo.

La obra de nuestra Universidad se realizaba así, amplia y fecunda, dentro de un plan de cultivo del derecho, de la medicina, de las humanidades y de las ciencias naturales y exactas; pero los intereses económicos, el trabajador, el trabajo, la tierra, el capital, la producción, la capacidad para acrecentarla, la economía financiera, la actividad agrícola industrial y comercial, y, en una palabra, todo lo que constituye la vida real del país, quedaban abandonados a su suerte.

No se dice que en todo tiempo no se hubiera fomentado esos intereses, ni que con frecuencia nuestros estadistas no hubieran propagado e iniciado la idea de imprimir una tendencia más positiva a la enseñanza; pero con la fundación de esta Facultad que gestionaron eficazmente el Rector de la Universidad doctor Uballes y su primer Decano y organizador doctor Rodríguez Etchart, se reconoció la necesidad de complementar la tarea universitaria con los nuevos estudios profesionales y técnicos (1).

“El Estado no decreta el progreso ni la economía en la producción. Su misión primordial consiste en crear el máximo de capacidades especiales, intelectuales y materiales, en todas las direcciones y en todos los grados de la actividad productora, sin limitarla ni tasarla oficialmente” (Solvay, *L'Etat et la production*).

Nuestra Facultad ejerce esa función, a nombre del Estado. Este y la sociedad están interesados en el éxito de su propia institución, y nuestro principal deber es ex-

teriorizar sus investigaciones, abriendo al pueblo sus clases y seminarios y reflejando en estos *Anales* su pensamiento y su acción.

Han de resentirse en sus primeros tiempos, de las circunstancias en que aparecen. El instrumento corresponde a las condiciones de la función. La Facultad misma es por el momento más un plantel que un laboratorio en completa actividad. La crisis universitaria en Francia (1881) y la reforma Ribot (1902), tardaron en producir sus efectos. Mil quinientos alumnos que concurren a sus clases, por su espontánea voluntad los de la enseñanza superior, en instalaciones modestas y antihigiénicas, con un personal escaso de profesores mal retribuidos, que procuramos completar constantemente dentro y fuera del país, constituyen la mejor representación de nuestra propia reforma universitaria; pero ésta no ha de merecer aún suficiente atención de la sociedad y del Estado, cuando tropieza con dificultades para prevalecer del todo. Es necesario, en consecuencia, divulgarla, y este es otro propósito de los *Anales*.

Extensiva en sus cursos preparatorios e intensiva en los universitarios, orgánica, popular y atenta sobre los problemas sociales del presente, debiera esta enseñanza contar con el más amplio concurso de los particulares y del Estado cuyos intereses positivos estudia en busca de soluciones concretas e inmediatas. Difundir el programa de sus investigaciones, mientras se hace lo propio con sus resultados prácticos, es un objeto más de esta publicación, y lo satisfacemos, desde luego, venciendo como se pueda la imprevisión del presupuesto ordinario que carece de partida a que imputar el gasto.

No nos sorprende el lento camino que hace la reforma en las clases dirigentes. La literatura más sustancial de estos días de Inglaterra, Francia, Estados Unidos e Italia, se dedica a recomendarla a pueblos y gobiernos. La reconstrucción económica y financiera, es la primera preo-

cupación de esos países y debe serlo también entre nosotros. Para realizarla, insisten más activamente en la reforma de su enseñanza desde la escuela hasta la Universidad, con criterio práctico y científico a la vez. Si no hay capacidad técnica, no hay capacidad económica, y, ¿cómo asegurarla en la chacra, en el taller y en el intercambio comercial, si faltan aptitudes para practicar y organizar la producción e institutos donde se despierte y se cultive esas aptitudes? La experiencia y la ciencia del pueblo alemán, puede, si sabemos aprovecharlas, facilitarnos la contestación.

El gobernante, el propietario, el capitalista, el banquero, el comerciante, el industrial y el trabajador, se hacen la ilusión de esperar sólo de las leyes, la solución de sus conflictos económicos. Sobrarían recursos a esta Facultad, si pensaran de otro modo. Se ha visto países bien gobernados por los hombres sin intervención de las leyes; no se los ha visto jamás regidos por leyes sin el concurso de los hombres. (Portalis — Discusión del Código Napoleón). Que se estimule vigorosamente la educación popular, abriéndole nuevos rumbos; que el capitalista y el trabajador presten su concurso y su vigilancia a institutos como éste en que se practica esa educación profesional y técnica, y que envíen su personal a recibir aquí su enseñanza sobre las verdaderas causas de esos conflictos, y suprimidos así los errores en que induce la ignorancia como los apasionamientos que aviva el escaso contacto con la realidad de las cosas, han de facilitarse la armonía del capital y el trabajo, esencial y legítima, su mayor productividad y la paz social.

Si la reconstitución económica y financiera es urgente, si no se ha de realizar por la anarquía de arriba ni de abajo sino por la organización activa de la pujanza nacional, si los tiempos no son de teorías disolventes sino de soluciones concretas de economía constructiva, si al antagonismo recíproco en lo político y en lo social ha de

reemplazar la cooperación integral en la actividad económica, si somos un país cuyo programa empieza y concluye en la conveniencia evidente de producir mucho y mejor para asegurar su prosperidad interna y su influencia internacional, si se le reconoce que la situación política que no responda a este programa ineludible debe modificarse o desaparecer, si en vez de dividirnos, debemos unirnos, y si asistimos a una transformación evidente en la mentalidad y en el sentimiento de los pueblos, ¿por qué vacilaría el nuestro, pueblo joven, de corta y honrosa historia, sin interdependencia que no se funde en el derecho y en la justicia, en orientar su marcha y su educación hacia la realización de verdades tan conocidas y tan prácticas?

Así lo entendieron los fundadores de la Facultad de Ciencias Económicas, anticipándose a esta época de prueba para el patriotismo y el sentido práctico de los argentinos. No se había extinguido el recuerdo de las desgracias de Prusia, y Federico Guillermo III creaba la Universidad de Berlín para que el Estado, decía, supla con fuerzas intelectuales las fuerzas físicas que ha perdido. A suplir nuestras deficiencias sociales, por la educación, contribuirá nuestro instituto universitario, ya que no hay que reparar desgracias políticas o militares, a condición de que el trabajo y el capital, unidos, le presten su aliento y su confianza. Ya no se discute que la violencia no resolverá sus discordancias. La clase menos favorecida en la contienda, ya que la lucha de clases explica en todos los tiempos los problemas históricos, mejorará su suerte bajo los puntos de vista técnico, económico y moral, rivalizando en las disciplinas de la paz. (G. Schmoller: *Luttes de classes*).

La propiedad se justifica, sin duda, por el trabajo, pero a condición de que el trabajo mismo se justifique por su eficiencia económica. Se observa que toda la riqueza viene del trabajo y que éste no alcanza sino una parte mínima de lo suyo, y se olvida que el esfuerzo humano como el capital, por sí solos, no son útiles ni se conservan sin su

propia cultura intelectual y moral. La sociedad ejercita un poder dirigente y pacificador, estimulando la conciliación de ambos factores, por institutos como éste que los disciplinan y dignifican. De esta suerte, no se pensará ya en destruir la propiedad sino en generalizarla, como dicen los expositores de Marlo, fundando sus disidencias con el sistema de Marx, para realizar en la sociedad compuesta de privilegiados y de errantes, una obra inteligente de arraigo de estos últimos por la pequeña propiedad fundial, análoga a la que se realiza en el litoral marítimo, de fijación de los médanos por las plantaciones de pinos.

La publicación de los *Anales* se ha.á por semestres, pero debiendo dar cuenta con mayor actividad del estudio de los académicos de la Facultad, así como de las investigaciones y monografías de sus profesores y alumnos, esta necesidad ha de satisfacerse facilitando la respectiva información a las revistas y diarios que la requieran.

No dispondríamos tampoco de tiempo ni de espacio para comprender en este primer volumen toda la obra de la Facultad del año anterior, fuera de que ésto nos obligaría a reeditar la del Seminario, que es conocida en gran parte. Hemos de preferir en adelante unificar, en lo posible, nuestras publicaciones en *Los Anales*, empezando por estas páginas que, en general, instruyen más del plan de los trabajos del año actual que de sus conclusiones a que se dedicará el volumen de diciembre próximo.

## CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD

LA Facultad de Ciencias Económicas reconoce el honor de la presencia de los señores representantes de las Universidades americanas y nacionales, y lo agradece debidamente.

Nuestra institución, hija menor de la vieja y gloriosa Universidad, retoño vigoroso del árbol común a cuya sombra se ha formado y ha prevalecido la intelectualidad argentina, no necesita excusar su modestia, ni las formas recientes y forzosamente incompletas de su desenvolvimiento. Le basta afirmar ante vosotros en estos días históricos, su resolución de responder en los tiempos a su misión clara y definida en la organización económica de la nación. misión que si no fué extraña a la previsión de los patriotas de 1821, debió retardar su influencia en el progreso común, cediendo al desarrollo lógico y natural de los hechos y a la evolución positiva de las ideas.

Es usual en estas fiestas conmemorativas, mirar más al pasado, para reanimar, sin duda, enseñanzas luminosas y fecundas.

No es menos útil detenerse en el presente y mirar más al porvenir, para definir, en lo posible, rumbos y aspiraciones.

Nuestra Universidad ha compartido con la de Córdoba, la tarea insigne y complicada de presidir la vida intelectual y moral de la Nación, y, verificado su balance secu-

lar de saldos, no se desconoce que ha llenado su misión trascendental. Se trata ahora de continuarla dignamente, resolviendo los nuevos problemas, revisando los métodos, acentuando las enseñanzas más exigentes de la cultura nacional y afirmando el concepto democrático y técnico de la función universitaria.

Estudiar las causas de la evolución social y económica a que asistimos, es obra meritoria del filósofo o del sociólogo que se realiza y pasa casi siempre en silencio a la biblioteca, al museo y a la historia; pero investigar, a la vez, con criterio experimental y científico los hechos mismos para elevar el nivel de la vida individual y colectiva y acudir cuanto antes a la satisfacción de sus necesidades, normalizando el presente y fundando en bases firmes el porvenir, es llenar una misión más activa, más positiva, más precisa y más conforme con los fines de la civilización humana.

De las Universidades puede decirse lo que se dijo de las naciones: no basta un gran pasado, es necesario un gran porvenir. Este se forja más en el laboratorio que en la especulación doctrinaria, más por la voluntad que por la imaginación, y, en todo caso, por la verdad comprobada en la ciencia y en la experiencia, a la luz de la moral y de la justicia.

Los nuevos tiempos imponen a las Universidades nuevos deberes.

Por no haberse reconocido así en su hora, se retarda acaso la consolidación de la paz internacional. La armonía de los intereses económicos, es su primera condición. El fracaso de la paz perpetua de Augusto Comte y su escuela, no lo ha precipitado el factor económico o el conflicto entre el capital y el trabajo. Otras influencias comparten esa responsabilidad, las que no cederán sino a la acción intelectual de la Universidad, entendida y aceptada por los gobiernos y por la sociedad, como fuerza directriz en relación constante con la vida democrática.

Hay discordancia en el mundo, y existe menos en América, entre las aspiraciones populares y las instituciones destinadas a satisfacerlas. Esta diferencia explica el malestar social y el anhelo reformista. Si la reforma procede de un sentimiento inculto, necesariamente ha de perturbarla la violencia o la imprecisión de sus fórmulas. La intervención universitaria se impone en tales casos para rectificar su propia obra, conciliar los intereses, encauzar las pasiones y elevar la mentalidad de la masa por la educación técnica y la solidaridad. Entre la Universidad clásica, sin transformación, de los primeros tiempos del siglo anterior, y la Universidad del Trabajo de estos días, la evolución social ha avanzado lo suficiente para reconocer la nueva concepción sintética de la institución y de sus funciones actuales.

Habría injusticia en desconocer entre nosotros el concurso que debemos al pasado. Recogemos el fruto de una elaboración sucesiva de las ideas en todos los órdenes de la actividad social. Las enseñanzas de Lafinur y de Alcorca, por ejemplo, en lo filosófico, como la tesis optimista de Belgrano y de Moreno, en lo económico, en la primera época de nuestra Universidad, ha concertado con las ideas y necesidades de la segunda, representados por Alberdi, Vélez, Mitre y López, en un medio nacional menos rudimentario, y, del acuerdo común, ha surgido la reforma lenta, pero efectiva, de los últimos tiempos, en que a la armonía espontánea de los intereses de la escuela individualista y liberal, que tardaba en demostrar su eficacia, ha seguido la intervención que se inicia, del Estado, de la asociación, de la solidaridad, de las fuerzas industriales y de la justicia social, en el régimen del trabajo y de la propiedad.

La Universidad es y debe ser cada vez menos extraña a la reforma, si ésta no ha de resolverse en la dictadura o en la presión violenta de una masa cuyo extravío nos será en gran parte imputable.

En dos formas principales se realiza la tarea universitaria, en tales casos, cuando estudia los hechos a la luz de la ciencia y de la libertad — no sólo de la libertad exterior sino de la que sustrae el criterio a los prejuicios íntimos que son los más peligrosos, como lo recuerda Poincaré, el gran matemático, — y cuando extiende y distribuye su cultura sobre el individuo y sobre la sociedad, dignificando su carácter y su pensamiento. El manantial originario de la fuerza y del engrandecimiento de las naciones, ha de fundarse en el valor medio de los ciudadanos, dijo el Presidente Roosevelt en la Sorbona, y esta elevación del nivel del ciudadano no ha de producirse si no es superior el de la clase dirigente en lo político y en lo administrativo.

Habrá una alma americana como lo entiende el profesor Browning de las Universidades de Princeton y de Lima, o no habrá, pero lo cierto es que la misión universitaria en el continente, obligada más a crear que a reformar en el orden de los intereses sociales y económicos, ha de debatirse menos que en las viejas nacionalidades, en las tinieblas de los problemas que detienen el bienestar y la paz de los pueblos.

Desde luego, si los arqueólogos confirman los estudios de Ameghino según los cuales la civilización prehistórica no bajó del Norte, sino que subió de la Pampa a los límites septentrionales del Anahuaca, diríase hay augurios propicios para estos ideales de la educación común y universitaria, aunque se abriguen o se practiquen por pueblos de una experiencia democrática tan reciente. Cuentan con el concurso de las nuevas generaciones, sin tradiciones que traben su desarrollo y con los alientos de la juventud, que es energía, sentimiento generoso, tolerancia y anhelos de bienestar permanente.

SEÑORES:

En la palabra de nuestro profesor que váis a oír, en la organización de nuestro trabajo, que queda abierta a vuestra observación, en los seminarios y laboratorios que podéis examinar, en las instalaciones que quisieras visitar, en toda esta casa, que es vuestra casa, reconoceréis, lo espero, la aspiración superior y modesta a la vez que la preside, hacia las ventajas de una vida más simple, de la investigación técnica y experimental, del amor a la verdad, de armonía económica y de la justicia social.